

principal fruto de esta fecundidad el habernos conservado San José al Sacerdote y Víctima de la obra redentora, y a la Colaboradora de esta misma obra. Sí, podemos decir que, gracias a San José, se llevó a cabo la obra de la redención de las almas.

Conclusión.

Esta vida interior, de la que San José es un Maestro tan consumado, quiere la Iglesia asegurarla ante todo a las almas consagradas, especialmente a las que se destinan al Sacerdocio, a fin de que ellas luego sean el ejemplo de los demás fieles. Y, de hecho, fácil es ver que, durante su tiempo de formación, Dios pone a los seminaristas en condiciones parecidas a las de San José, invitándolos a una vocación también semejante a la de él.

- El Seminario, con su clausura y con la sencillez de las cosas que Dios pide al seminarista día a día, ofrecen el marco adecuado para cultivar una vida interior profunda, a base de silencio, oración y estudio.

- Por esta oración y estudio, que es la principal obligación a que se entrega el candidato al sacerdocio, se aplica, al igual que San José, a conocer a Nuestro Señor y a la Santísima Virgen, esforzándose en penetrar en el misterio de Jesucristo, y en adquirir con El una perfecta intimidad.

- Y esa intimidad le permitirá más tarde, cuando Dios se lo confíe, dedicarse a una actividad apostólica fecunda, guiada por la caridad, desinteresada y sacrificada como la caridad, fecunda y difusora como lo es la caridad.

Pero, después de las almas consagradas, nada impide que el recuerdo y ejemplo de San José se impongan también a todos los fieles cristianos como su constante modelo, y que también ellos intenten ponerse humildemente a la escuela de este sabio y experimentado Maestro, para aprender de él, en cuanto su condición lo permita, los secretos de la verdadera vida interior.

Oh San José, Custodio y Padre de vírgenes,
a cuya fiel guarda fueron encomendadas
la misma inocencia, Cristo Jesús,
y la Virgen de las vírgenes, María,
**por estas dos queridísimas prendas, Jesús y María,
os suplico y ruego me concedáis la gracia de que,
preservado de toda inmundicia, sirva siempre,
con puro corazón, casto cuerpo y mente sin mancha,
a Jesús y a María.**

El Patriarca San José Maestro de la vida interior

Este año celebramos el octavo aniversario de la Consagración de nuestra Fraternidad a San José, Patrono de la Iglesia universal; Consagración que nos estimula poderosamente, por no decir que nos obliga, a tomar a San José como nuestro más acabado modelo de vida sacerdotal, de vida religiosa, de vida cristiana, y a imitarlo en sus virtudes.

Pues bien, en este aniversario de nuestra entrega al glorioso Patriarca, nos será muy provechoso considerarlo como el **Maestro por excelencia de la vida interior**, de esa vida a que nos obligamos a tender por nuestra condición de cristianos, cuando no por nuestra condición de almas consagradas.

A tres podemos reducir los rasgos particulares que nos lo presentan bajo este aspecto: • ante todo, su ocultamiento y silencio voluntario delante de Jesús y María; • luego, su intimidad con Jesús y María, o mejor diríamos, su vida contemplativa con Jesús y María; • finalmente, su entrega total y de por vida al servicio de Jesús y María.

1° Silencio admirable de San José.

Ya es proverbial el silencio que envuelve a San José en el santo Evangelio. Y es que el Espíritu Santo no quiso que nos quedara consignada ninguna palabra de él, y ningún hecho fuera de lo estrictamente necesario para contarnos la infancia del Salvador. Aun así, sobre este silencio pueden observarse tres cosas:

1° La primera, que el Espíritu Santo nos habla a veces a través de silencios. Así, por ejemplo, el silencio que la Escritura guarda sobre la vida y ascendencia de Melquisedec, es aprovechada por San Pablo para ver en él la figura de Nuestro Señor Jesucristo, sacerdote eterno, sin Padre en la tierra y sin Madre en el cielo. Del mismo modo, el silencio en que se ve envuelto San José tiene como fin presentárnoslo como el ejemplo de las almas interiores, enteramente muertas al mundo y viviendo sólo para Dios.

2° La segunda, que el mismo silencio de San José fue en el santo Patriarca una virtud querida y asumida voluntariamente. Podríamos decir de San José lo mismo que San Luis María dice de la Santísima Virgen en su *Tratado de la Verdadera Devoción*:

«María estuvo muy escondida en su vida; y por eso el Espíritu Santo y la Iglesia la llaman **alma mater**, Madre oculta y escondida. Su humildad fue tan grande que no hubo para Ella anhelo más firme y constante que el de ocultarse a sí misma y a todas las creaturas, para ser conocida solamente de Dios. Dios, escuchándola en sus ruegos de ocultarla, empobrecerla y humillarla, tuvo a bien ocultarla en su concepción, nacimiento, vida, misterios, resurrección y ascensión, a casi todos los hombres; sus propios padres no la conocían; y los ángeles se preguntaban con frecuencia uno a otros: **¿Quién es ésta?**, porque el Altísimo se la ocultaba o, si algo les manifestaba de Ella, era infinitamente más lo que les encubría» (Verdadera Devoción, nº 2-3).

Debiendo San José ser el esposo y compañero indisoluble de María durante su vida terrena, y a fin de que entre ambos esposos hubiera siempre las mismas disposiciones y los mismos sentimientos, la gracia imprimió en San José el mismo atractivo por el ocultamiento y la humildad, y San José rogó a Dios que lo escondiera a toda creatura humana, a fin de vivir sólo para Jesús y María.

3º La tercera, que este mismo silencio tenía sus razones providenciales de ser, sobre todo en orden a salvaguardar el misterio y la persona del Verbo encarnado contra todos los ataques y asechanzas del demonio, hasta que llegara el momento de que Cristo se manifestara al mundo. San José comprendió perfectamente el sentido de este ocultamiento y silencio, y por eso se entregó a él en cuerpo y alma.

2º Intimidad de San José con la Santísima Virgen y Jesús.

El ocultamiento en que vivió San José lo preparó para entregarse toda la vida a la actividad más deseable a que puede entregarse un hombre en esta vida: la contemplación de Jesús y de María. En eso podríamos decir que San José superó incluso a los mismos ángeles.

Sabemos que los ángeles son criaturas puramente espirituales, sin cuerpo; por consiguiente, toda su actividad consiste en ejercer su conocimiento y su amor, aplicándolo al objeto más elevado que exista, que es Dios, y a todas las demás cosas según que proceden de Dios y a El vuelven a ordenarse. Y eso es lo que hace de ellos unos perfectos contemplativos. La contemplación es justamente eso: la mirada amorosa de la inteligencia sobre Dios y los misterios sobrenaturales, para alabar y adorar a Dios, agradecerle el amor de que nos colma, y amarlo como nuestro único bien y bienaventuranza eterna.

Eso mismo es lo que hizo San José con una perfección imposible de imaginar. Dios lo puso en contacto, o mejor dicho, en intimidad perfecta de familia, con los dos seres más queridos y preciosos que tiene: su Verbo encarnado, y la Madre del Verbo, que era su Esposa. Fácil es entender cómo San José comprendió la grandeza de su vocación, y se aplicó con todas sus fuerzas a desarrollar ese doble aspecto de la vida interior:

1º Por una parte, San José conoció día a día, en sus menores detalles, en sus disposiciones, aspiraciones y virtudes, el alma de la Santísima Virgen, su Esposa

inmaculada. ¡Con qué diligencia intentó vivir siempre al diapasón de lo que contemplaba en su Esposa! Pues la Santísima Virgen es como una hoguera que irradia virtud, pureza, caridad, santidad, a todo el que se le acerca, y San José vivió junto a esa hoguera treinta años seguidos, en la más perfecta unión de alma con María. Y, a través de Ella, José penetró también en el corazón de Nuestro Señor Jesucristo, que lo quiso honrar con el nombre de Padre, y con el que mantuvo una intimidad que supera en mucho a la que podemos ver en los apóstoles durante los tres años de vida pública del Salvador.

2º Por otra parte, ese conocimiento era en San José la fuente de un ardentísimo amor. Nadie ha amado a María, ni lo podrá hacer jamás, como la amó San José. Y, después de María, nadie ha amado a Jesús como lo amó este celestial Patriarca. Con la Santísima Virgen tuvo amor de verdadero y perfecto Esposo; y con el Niño Jesús tuvo amor de Padre, proyectando sobre el Verbo encarnado el amor mismo del Padre eterno, y pudiendo decir con El: «*Este es mi Hijo muy amado, en quien pongo mis complacencias*» (Mt. 3 17). Sí, estas palabras resumen a las mil maravillas toda la contemplación de San José.

3º Entrega de San José al servicio de Jesús y María.

Por supuesto, esta vida de intimidad no se quedó en la pura contemplación. En San José, al igual que en toda alma que ha llegado a la perfección, la caridad se convierte en un vapor, en un ardor, en una energía, que impulsa a desvivirse por la persona amada. San José, guiado por el conocimiento y amor que tenía de ese doble tesoro divino, Jesús y María, se puso espontáneamente a su servicio, prestándoles con generosidad aquellos menesteres para los que la Providencia contaba con él.

Como toda acción que procede de la contemplación, la actividad de San José no fue febril, sino perfectamente regulada:

- **Acción pausada** y ponderada, libre de primeras impresiones y de impulsos y vehemencias de la naturaleza.
- **Acción perseverante**, que no desiste nunca de sus cometidos, una vez que se ha fijado el fin a que se encamina.
- **Acción amorosa**, en la que la caridad, como reina, pone en ejercicio todas las demás virtudes, haciendo intervenir ya el *sacrificio* (huida a Egipto), ya la *prudencia* (decisión de retirarse a Nazaret), ya la *templanza* (vida pobre en Nazaret), ya el *deber de estado* (vida de artesano), ya el *abandono* perfecto y completo a las voluntades de Dios (muerte de San José).
- **Acción desinteresada**, en la que San José no se buscó jamás a sí mismo, ni buscó otra recompensa que la de amar a María y por Ella a Jesús, y colaborar a su glorificación.
- Finalmente, **acción fecunda**, por más que sus resultados hayan quedado ocultos –al igual que el resto de la vida del Patriarca– a nuestros ojos; siendo el